

Izquierda peruana: una crisis persistente

ANTONIO ZAPATA*

Veinte años atrás, en el Perú se encontraba tanto una mortífera guerrilla como la única izquierda legal de América Latina con posibilidades de llegar al gobierno. Pasado un lapso, ambas desaparecieron sin dejar rastro ni dar muestra alguna de recuperación. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo se derrumbaron las izquierdas en el país? ¿Tienen alguna posibilidad de volver a la vida?

Tres fueron las causas de este penoso resultado. En primer lugar, izquierda legal y guerrilla eran incompatibles, y ambas se anularon. A continuación, la incapacidad crónica para formar un partido viable y la perpetua fragmentación en grupos rivales. También encontramos una tercera causa menos visible: la cuestión del asistencialismo.

Las izquierdas fueron ambiguas frente a la violencia armada. Había un parentesco ideológico con los grupos insurrectos que impedía ver claro. Al comienzo no queríamos creer en los horrores. De acuerdo con nuestra forma de concebir las cosas, las únicas criminales eran las fuerzas del orden. Un grupo revolucionario no podía ser asesino. Parecía un contrasentido. Así, por ejemplo, las izquierdas atribuimos los muertos de Uchuracchay a militares infiltrados. En nuestra idea, ni revolucionarios ni campesinos podían matarse entre sí. Pensábamos que el responsable debía ser una fuerza externa.

Por su parte, Sendero Luminoso (SL) fue particularmente duro y era explícito su desprecio por la Izquierda Unida (IU). Recién comenzando su aventura sanguinaria, asesinaron a varios alcaldes IU en el interior rural. Luego mataron a muchos dirigentes y espantaron a los demás. Si la estructura de cuadros de IU se quebró, en buena medida se debió a la acción criminal de Sendero. Por ejemplo, el asesinato de María Elena Moyano en Villa El Salvador eliminó a la principal líder izquierda en barriadas de Lima y además dispersó al núcleo de militantes izquierdistas del cono sur de la capital. Sendero logró batir los espacios locales y dismantelar las redes izquierdistas.

Pero la diferenciación de IU con el MRTA no fue tan clara. Para empezar, su guerra empezó después, cuando el país se estaba militarizando en forma acelerada. En ese contexto, algunos dirigentes de izquierda aspiraban a una fuerza militar propia, aunque sea como defensa del grupo político. Así, el MRTA fue visto como una guerrilla amiga, en oposición a SL, que liquidaba izquierdistas con regularidad.

Tiempo después, acabó evidenciándose que el MRTA secuestraba civiles y los

mantenía en cárceles inhumanas. También que extorsionaba y cobraba cupos. Incluso llegaron a matarse entre ellos. Su acción aceleró la espiral de la violencia y la rueda los tragó. En este sentido, el MRTA acabó violando los derechos humanos del mismo modo que Sendero. Quizá en menor medida, pero con idéntico sentido político. Para el común de los peruanos, ambos grupos fueron culpables de desatar una guerra civil que la población resintió particularmente. Al quedar atrapada entre dos fuegos, la gente rechazó el terror y la ideología que lo había sustentado. El marxismo acabó como el gran culpable del sufrimiento.

El segundo punto es el partido. A diferencia del Apra, las izquierdas no hemos construido un vehículo político capaz de tomar el poder sino, más bien, mostrado por décadas una decidida actitud divisionista. Nunca nos hemos unido, menos aún aceptado un liderazgo. Los apetitos personales han hecho su parte, pero lo esencial ha sido la incapacidad para entender la necesidad de actuar en política con un instrumento que sea suficientemente fuerte. Se ha preferido la pureza doctrinal a la eficacia política.

Hoy en día no se supera realmente el problema. Hay al menos dos grupos compitiendo por conducir el campo popular. En primer lugar tenemos la candidatura del comandante Ollanta Humala, que escasamente entusiasma por su naturaleza autoritaria y poco flexible. A continuación se halla el padre Marco Arana, quien intenta construir un perfil presidencial sobre la plataforma medioambientalista.

Pero entre militares y sacerdotes el sentimiento izquierdista no se halla del todo. Pareciera que hemos retrocedido a comienzos de los años sesenta y estamos entre el cura Bolo y el general Pando. Sin embargo, a estas alturas sabemos que militares y sacerdotes progresistas son necesarios como aliados, sin ellos no llegaremos lejos, pero no pueden representarnos exitosamente. El socialismo requiere de autonomía para desarrollarse y difícilmente podrá implantarse sin líderes propios. Mejor sería un candidato joven y radical que exprese el socialismo de hoy con un lenguaje moderno y bien nutrido por la tradición izquierdista.

Además, no se supera realmente el punto de la unidad. Si el electorado izquierdista castiga toda división, cómo pueden tener viabilidad dos proyectos competitivos. Peor aún, los indigenistas están llamando a la candidatura de Miguel Palacín. Entonces, tenemos una tercera opción presidencial del campo popular. Tomando en cuenta que aún falta año y medio para las próximas elecciones, mi apreciación es que habrá varios pretendientes extras y que el espacio del centro a la izquierda estará lleno.

Con sus persistentes divisiones, las izquierdas envían un mensaje negativo a sus potenciales electores. Estos son racionales y saben que solo unida la oposición popular puede tener opción. Dividida no irá lejos y el electorado izquierdista lo sabe. Por ello, en condiciones de fragmentación, abandona las filas y explora otras opciones.

Tampoco hay nuevas propuestas políticas claras que permitan encarar la complejidad de los tiempos actuales. En ese terreno se encuentra la cuestión del asistencialismo. Durante los años ochenta, las izquierdas dejaron de pensar en térmi-

nos de clases sociales y el concepto se diluyó en la nueva noción de la pobreza. Desaparecieron campesinos, obreros e intelectuales. Solo quedaron los pobres. Ya no hubo intereses que representar sino asistencia humanitaria que repartir. La izquierda disputó a la Iglesia el papel de gran benefactor. En la carrera por liderar el asistencialismo se perdió mucho. Fue un cambio de actitud que conllevó el debilitamiento político.

Al pensar en clases sociales, un partido político está obligado a posicionarse regularmente frente a temas trascendentales. La pregunta es cómo representar los intereses históricos de un grupo humano. A la vez, cómo formar coaliciones para que estos intereses de clase se realicen. Nada de esto aparece cuando se razona desde el asistencialismo. En este caso, son predominantes las cuestiones del reparto y como conclusión aparece el patronazgo. Así, las izquierdas perdieron cuadros políticos y le quedaron redes clientelistas que se deshicieron cuando Sendero asesinó a María Elena Moyano.

Si la izquierda de la década de 1910 tuvo como bandera las ocho horas y en los años sesenta la nacionalización del petróleo y la reforma agraria, la IU de los ochenta careció de una propuesta de fondo. Su única consigna visible fue el vaso de leche, que no encuadró una fuerza orgánica ni la dotó de orientación política para gobernar.

Por último, para salir adelante se requiere recrear una utopía, una concepción de la vida y un sentido común. Parece obvio, pero no es tan fácil. Mientras no se articule un discurso renovado sobre las cuestiones de fondo, las izquierdas peruanas continuaremos vegetando. Extraño destino el nuestro. Mientras en toda América Latina el giro hacia la izquierda es evidente, aquí nuestras opciones son reducidas.

* Historiador. Conductor del programa televisivo "Sucedió en el Perú". Colaborador del diario *La República*.